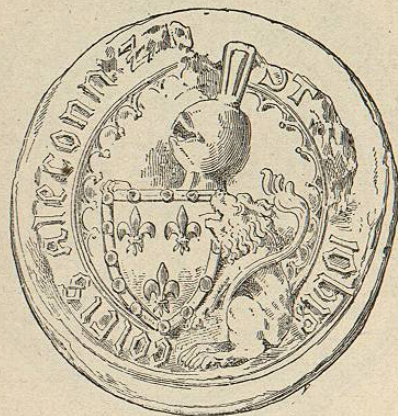


se de estas acusaciones, y en realidad es poco probable que contrajera compromisos tan concretos y de tanta importancia. De todos modos, ello es que había obtenido el concurso de Inglaterra.

En el otoño de 1411, y á consecuencia de los retos cambiados, encontrábanse los dos partidos frente á frente en Picardía. Juan *Sin Miedo* se apoderó de Ham y de varias ciudades del Somma; pero hubo de contenerse á consecuencia de la marcha de los flamencos, poco aficionados á prestar largo tiempo el servicio de las armas. Entonces trataron los orleanistas de apoderarse de París ocupando al efecto, la orilla derecha del Sena y Saint-Cloud en la izquierda. Combatióse durante todo el mes de noviembre; mas habiendo el duque de Borgoña recibido el refuerzo de un ejército inglés de



Sello del conde de Alenzón

mil doscientos hombres, acudió en socorro de París é hizo entrar á aquellos refuerzos en la ciudad. La población, especialmente los matarifes, recibieronlos muy mal, llegando hasta á producirse algunas riñas; pero gracias al contingente extranjero y á los parisienses, Juan *Sin Miedo* logró libertar Saint-Cloud. Los armagnacs, «muy desalentados,» se dispersaron; colmóse á los ingleses de honores y presentes, y el duque de Borgoña obligó al rey á concederle audiencia.

Al año siguiente, los príncipes del partido armagnac solicitaron, á su vez, la alianza inglesa, con la que tan bien les había ido á los borgoñones, y á fines de enero de 1412, los duques de Berri, de Orleans y de Borbón enviaron sucesivamente dos embajadas á Inglaterra pidiendo una «confederación.» Mientras estaba en camino la segunda de aquellas embajadas, el rey reunió su consejo en San Pablo en 6 de abril de 1412. Los borgoñones eran omnipotentes en la corte, y el duque de Borgoña se hallaba presente; deliberóse acerca de la renovación de las hostilidades, á la que el rey se resistía, y habiéndose concedido la palabra al canciller del delfín, refirió que muy recientemente le habían entregado un saco de cuero que contenía cartas y documentos tomados por el baile de Caén al monje Jacobo le Grand, uno de los embajadores de los príncipes. El saco contenía «cuatro blancos sellados con cuatro grandes sellos y firmados con cuatro firmas manuales, á saber, las de Berri, Orleans, Borbón y Alenzón,» y además muchas cartas cerradas del duque de Berri y firmadas de su puño y letra, dirigidas al rey «y á otros señores de Inglaterra.» Aquellos documentos fueron

leídos y luego enseñados al rey, que los tocó. El canciller había reservado para el final «un pequeño codicilo á modo de libelo, en el cual estaba contenida la instrucción á los embajadores,» y habiéndose dado lectura del mismo, su contenido provocó la indignación de los asistentes.

La embajada que fué á encontrar á Enrique IV en Eltham llevaba, en efecto, el encargo de hacerle odiosas proposiciones. Por virtud del tratado de alianza firmado con él en 8 de mayo de 1412 y que no se había obtenido sino á fuerza de trabajos, obligábanse los príncipes á ayudar al rey de Inglaterra con todas sus fuerzas y recursos á recobrar en toda su integridad el ducado de Aquitania que había de poseer entera y libremente. En su consecuencia, todos los bienes que los príncipes tenían en la antigua Aquitania serían poseídos por ellos en calidad de feudos del rey de Inglaterra como duque de Aquitania. Además se le entregarían veinte fortalezas reales. El rey, por su parte, se obligaba á enviar á los príncipes, á Blois, mil hombres de armas y tres mil arqueros.

Después de este tratado el duque de Borgoña resultaba ser el defensor del reino, y Carlos VI y el delfín, dominados por él, le encargaron el castigo de los rebeldes. En el mes de mayo de 1412, el rey en persona y su hijo unieronse al ejército de Juan *Sin Miedo*, habiendo ido Carlos VI, antes de ponerse en marcha, á tomar la Oriflama en San Dionisio. Dirigiéronse sobre Bourges, capital de los dominios del duque de Berri; pero en vista de que el sitio se prolongaba y de que no llegaban los ingleses para sostener á los armagnacs, suspendiéronse en 12 de julio las hostilidades. Y aunque los príncipes armagnacs se mostraron altaneros y el duque de Borgoña muy desconfiado, convínose, en 15 de aquel mismo mes, que se renovaría la paz de Chartres, que los príncipes entregarían al rey sus plazas fuertes, que por ambas partes se renunciaría á las alianzas firmadas, y que se restituirían los bienes y empleos á los que de ellos habían sido despojados. Celebróse en Auxerre un imponente congreso de príncipes en el que, durante la segunda mitad de agosto, se cambiaron las ratificaciones y los juramentos, quedando así firmado el tratado de Auxerre. En los momentos mismos en que se concertaba esta paz, los ingleses, que al fin habían desembarcado en Cotentin, avanzaban sobre el Loira; el duque de Orleans, de buen ó mal grado, hubo de comprar muy cara su retirada por el tratado de Buzançais (14 de noviembre). La noticia de aquella reconciliación de los príncipes fué acogida con gran alegría; sin embargo, no pocas personas de espíritu malhumorado «murmuraban de ella en secreto y á su sabor.» La paz de Auxerre era, en efecto, otra paz engañadora.

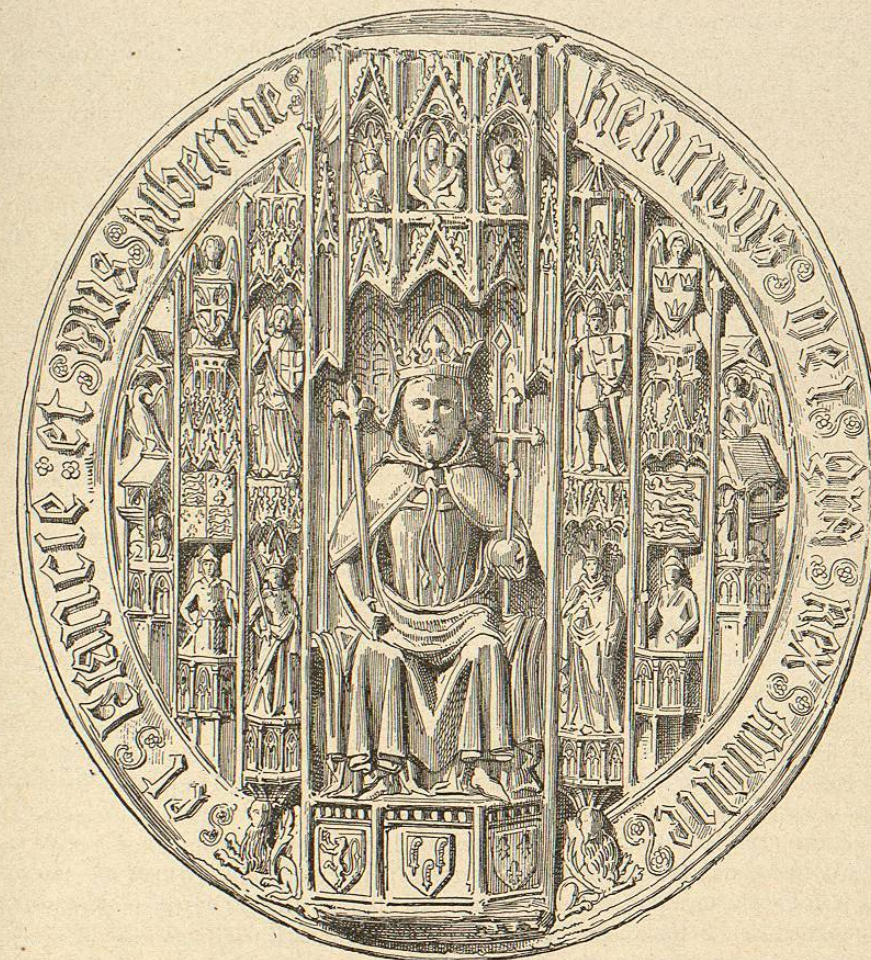
V.—Los Estados de 1413 (1)

Durante aquellos largos años de rivalidades primero, de guerra después, el gobierno y la administración se habían desorganizado. A las quejas que de todas par-

(1) FUENTES.—J. Marión, *Rapport adressé au roi sur les doléances du clergé aux Etats Généraux de 1413*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» IV, 1844. Moranvillé, *Remontrances de l'Université et de la ville de Paris à Charles VI sur le gouvernement du Royaume*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» LI, 1890.

tes hasta él llegaban, á los elocuentes llamamientos de Jacobo le Grand, de Cristina de Pisán, de Juan Courtecuisse y sobre todo de Gerson en sus hermosas arengas *Vivat Rex! y Veniat Pax!*, el gobierno real había contestado, bajo el pomposo título de reformas, con inútiles ordenanzas y vanos rigores contra empleados concusionarios. Y si en el otoño de 1409 los duques de Berri y de Borgoña mandaron ejecutar al gran maestro de palacio, Juan de Montagu, fué principalmente

muchedumbres en las que figuran mujeres y niños, y á las que se ven obligados á acompañar el preboste de los mercaderes y los concejales. Al frente de aquellas multitudes marchan generalmente los matarifes, corporación numerosa, de costumbres violentas, á la cual sigue una clientela de pequeños oficios dependientes del matadero: desolladores, triperos, cuchilleros, curtidores, «gente pobre y mala,» dice desdeñosamente Juvenal de los Ursinos, y dispuesta á realizar «faenas muy



Sello de Enrique de Lancáster

para confiscar sus riquezas. La comisión de reforma, instituida en aquella ocasión, trabajó con celo, pero la mayor parte de sus decisiones «quedaron sin ejecutar.»

Sin embargo, amplias reformas eran reclamadas, no por la alta burguesía, formada por empleados reales y grandes mercaderes, pues esos «reyezuelos de grandeza,» muchos de los cuales pescaban en agua turbia, eran leales y conservadores, sino por los pequeños comerciantes, por las gentes de oficio, patronos, artesanos, aprendices, cansados del desorden del Estado y de la Iglesia, de las rivalidades entre los príncipes y de las locuras y escándalos de éstos. Desde 1405 oyense entre el pueblo «muchas cosas que eran muy sucias y deshonestas. Siempre se quejaba todo el mundo del gobierno, que era muy malo.» En 1408 «las cosas son muy dudosas» en París; en 1411 y 1412 «era muy peligroso vivir en esa ciudad.» Todo es allí motivo de movimientos y disturbios; basta una falsa alarma, una disputa privada, para que recorran las calles grandes

inhumanas.» Ellos son los que de 1410 á 1413 sublevan la población parisiense. Los Legois, una de las más ricas familias de la corporación, guían en los motines á las gentes de la orilla izquierda y de los arrabales de San Víctor y San Marcelo; otros, los Saint-Yon, los Thibert, se ponen al frente de los obreros y de los pequeños comerciantes de los mercados.

Aquel pueblo de París está organizado. En 1405 se restablecen en ocho días las cadenas de hierro para interceptar las calles; los vecinos han de tener en éstas linternas encendidas toda la noche; todos los que pueden se proporcionan armas y las llevan impunemente en la capital. Los parisienses están agrupados por decenas y por centenas, con ocho deceneros y dos cincuenteneros por barrio; cada barrio tiene comisario, especie de capitán que dirige la ronda y cuida de la vigilancia de la ciudad. Finalmente, el preboste de los mercaderes ha recobrado desde 1409 su poder. A principios de 1412 dicho preboste es nuevamente escogido

entre una lista de candidatos elegidos en las Casas Consistoriales; la regiduría reaparece y los regidores son también elegidos, quedando por ende reconstituido el gobierno municipal de París.

Los parisienses además se entienden perfectamente con el duque de Borgoña: Juan *Sin Miedo* envía á los matarifes los mejores vinos borgoñones, sin olvidar á los acólitos de aquéllos, como los desolladores Dionisio de Chaumont y Simón Caboche; á fines de 1411 manda celebrar solemnes funerales por el matarife Legois y forma parte del fúnebre cortejo, y obsequia con grandes presentes de su vino de Beaune á los personajes influyentes que constituyen el estado mayor del partido, como Eustaquio de Laitre, presidente de la Cámara de Cuentas; Guillermo Baraut, secretario del rey; el cirujano Juan de Troyes y los profesores de la Universidad, entre ellos Pedro Cauchón. Juan *Sin Miedo* envía agentes á las grandes ciudades, como Ruán, Reims, Soissons, Laón, formándose de esta suerte una poderosa coalición borgoñona. Los matarifes, dueños de la capital, pretenden dirigir los negocios del reino, y desde 1412 no hay quien les resista: les basta presentarse y exigir para ser obedecidos.

En el entretanto, parecía prepararse para 1413 una invasión inglesa, y las arcas del rey estaban vacías y sus súbditos arruinados. El duque de Borgoña fué sin duda quien hizo decidir entonces la convocación de los Estados generales de Langüedoil. Restablecíase, pues, la costumbre de apelar á los Estados cuando quedaban agotados todos los recursos. La asamblea se reunió á fines de enero de 1413, pero fueron muy pocos los diputados que á ella acudieron, y los príncipes armagnacs, temerosos de una celada, contentáronse con enviar sus procuradores. El día 30 de enero, Juan de Nelles, canciller del delfín, pidió en San Pablo, en nombre del rey, un subsidio para poner en pie de guerra un numeroso ejército. Los Estados debían deliberar, no por «orden,» sino por provincia eclesiástica, quedando aparte la Universidad y la ciudad de París. El objeto que con esto se perseguía, era fraccionar á los Estados para hacerlos menos emprendedores, ó lograr, por lo menos, de algunas provincias el subsidio que otras parecían querer negar, ó conceder un puesto privilegiado á la Universidad y á la ciudad de París? Preguntas son éstas á las que es imposible contestar.

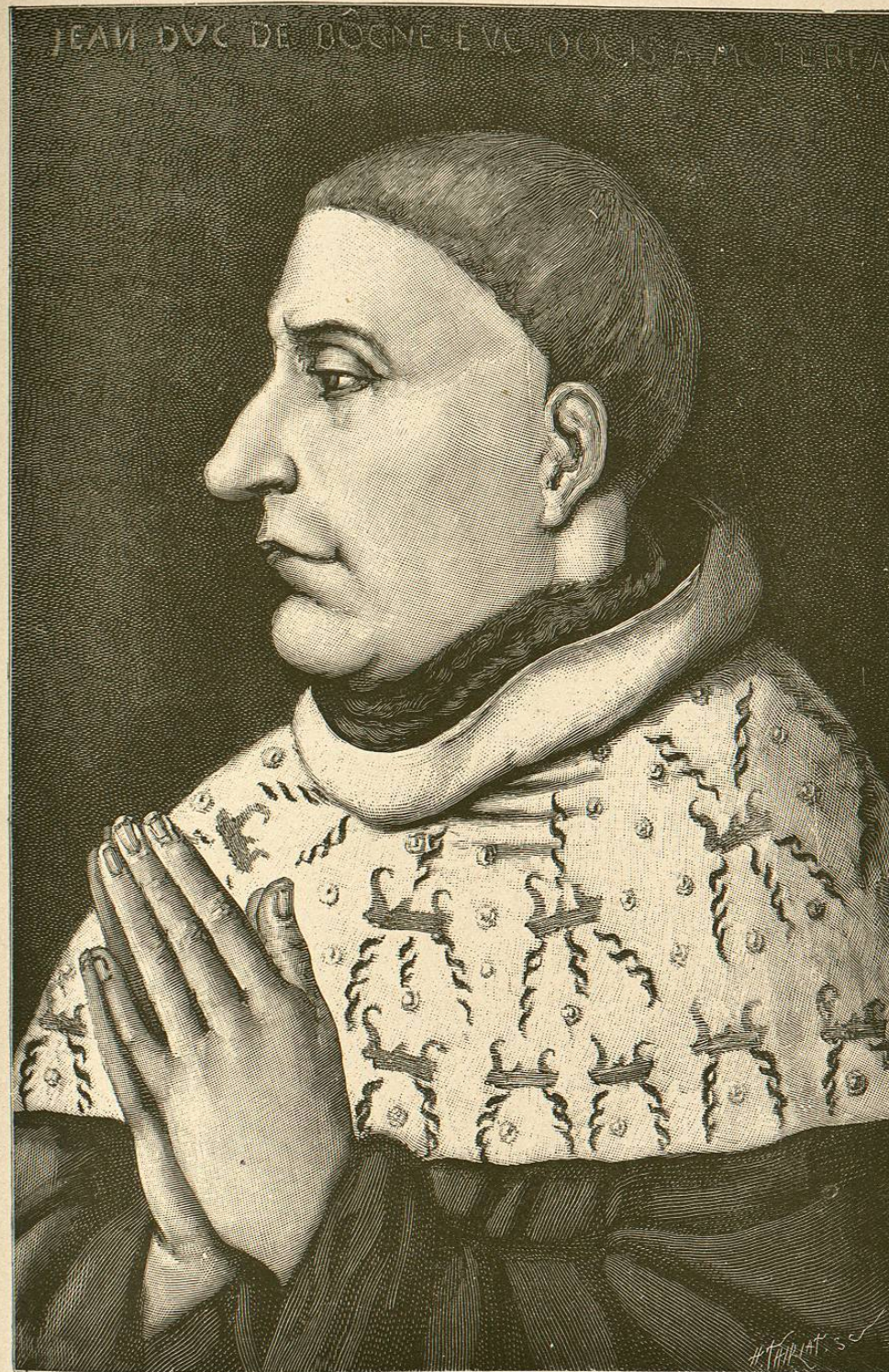
Las provincias de Ruán y de Lyon estaban poco representadas, y las de Sens y Bourges no tenían, por decirlo así, representación alguna; únicamente la de Reims pudo realmente formar asamblea. Sin embargo, en 3 de febrero, la mayoría de las provincias presentaron sus peticiones; el obispo de Tournai reclamó, en nombre del clero de la provincia de Reims, la reforma de la justicia y de la hacienda; el de Evreux, como representante de la provincia de Ruán, pidió la paz interior y la reanudación de la guerra inglesa, pero sin prometer ningún subsidio, y el abad de Moutiers Saint-Jean, uno de los consejeros del duque de Borgoña, formuló, en representación de la provincia de Lyon, un requisitorio concreto y vehemente contra la política real. Es fácil encontrar dinero, dijo; para ello no hay más que imponer subsidios á los funcionarios del rey que han dilapidado la hacienda; también se puede pedir á los príncipes, «porque han salido de la sangre del

rey, son súbditos suyos y han recibido de él tan hermosas posesiones y tantos beneficios, que indudablemente serán los primeros que al rey querrán ayudar.» Añadió que era necesario adoptar medidas rigurosas para evitar que se reprodujeran los abusos en la hacienda y en la justicia, y pidió que no se guardaran contemplaciones con nadie: «no basta reformar á los pequeños, sino que hay que empezar por los grandes y sacudir el tribunal del Parlamento, en donde hay muchos que nada valen:» palabras duras que anuncian las arengas del motín.

Al cabo de ocho días de trabajo, el 7 de febrero, el teólogo Benito Gentién, hablando en nombre de la Universidad y de la ciudad, pronunció un discurso enfático é insignificante delante del rey y en presencia de una muchedumbre inmensa que se estrujaba en el gran patio. Las provincias de Sens y de Bourges suplicaron al rey que no impusiera nuevas cargas á su pueblo. Decidióse que no habría subsidio, y en cuanto á las reformas, el canciller declaró que el gobierno se ocupaba de ellas y que se estaban preparando algunos decretos.

Después de la inútil petición de Benito Gentién, la Universidad y la ciudad de París quisieron presentar otra más concreta, trabajándose durante cinco días en condensar en un solo informe todas las denuncias, todos los hechos, pequeños y grandes, que debían exponerse al rey. El día 13 de febrero, el orador, el carmelita Eustaquio de Pavilli, discursó sobre el tema siempre nuevo de la necesidad de las reformas, y suplicó al rey que escuchara la lectura de las humildes peticiones de la Universidad y de la ciudad de París; y habiendo el monarca accedido á ello, el rector ordenó á un joven maestro en artes que se levantara y las leyera.

Las quejas llenaban un rollo de pergamino grueso «como el brazo de un hombre,» cuya lectura duró hora y media. En la primera parte se explica por qué el rey se encuentra sin recursos: débese ello á los empleados de hacienda; si hay tantos tesoreros y tantos impacientes por llegar á serlo, es «por los grandes bocados y por los grandes pedazos y latrocinios que en dichos empleos encuentran.» En el memorial de agravios se citan los nombres de veintidós empleados: Hemón Raguier, tesorero de la reina, ha «gobernado de tal manera, que con el dinero de la reina ha hecho considerables adquisiciones y costosos edificios en los campos y en la ciudad;» Andrés Giffart, nombrado tesorero por ser primo del preboste real de París, «se ha engordado de tal modo con este tesoro, que está lleno de rubíes, de diamantes, de zafiros y de otras piedras;» en el Ahorro, que dirige Antonio des Essarts, y en las arcas del rey, que están bajo la guarda de Morise de Ruilli, «no hay blanca;» el preboste de París, que se ha hecho llamar maestro supremo y general gobernador de hacienda, y otros con él, han puesto el dinero del monarca en sus sacos, y el preboste acumula en su persona los empleos y las capitánías. Es cierto, sigue diciendo el memorial, que los funcionarios de hacienda piden que sus cuentas sean comprobadas; pero esto no es más que una respuesta de papel; para saber «quién ha faltado,» es preciso averiguar las fortunas, los casamientos, los gastos que han hecho. De suerte que «toda la hacienda cae en bolsas agujereadas.» En otras partes, en el consejo del rey, por ejemplo, se encuentra demasiada gente, y muchos



JUAN SIN MIEDO

(Retrato de la época, perteneciente al Duque de Aumale)



consejeros «no se toman gran interés por las cosas» del monarca. En el Parlamento el presidente ha hecho entrar ocho parientes suyos, allí donde bastan diez miembros para tomar un acuerdo. Las causas de los pobres son casi inmortales, y en la justicia de los subsidios, Jacques le Hongre, «inexperto totalmente de empleo y de judicatura,» ha sido colocado é instituido por el preboste de París, el cual ha dicho á los demás generales: «Señores, es preciso que me lo coloquéis porque es primo mío.»

En la segunda parte de la memoria se proponen al rey medidas radicales: deposición de los empleados de hacienda, confiscación de sus bienes con la reserva de que más tarde se hará justicia á los no culpables, revocación de donaciones y pensiones, contribuciones forzosas, percepción en provecho del rey de los subsidios concedidos á los príncipes sobre sus dominios, establecimiento de una contabilidad rigurosa, reorganización del Parlamento, de la cámara de las cuentas y del consejo, disminución del número de los empleos, y por último, nombramiento de una comisión á la cual todo el mundo podrá denunciar los abusos y que ejecutará todas las reformas. Es preciso, sobre todo, castigar á los funcionarios enriquecidos por sus fraudes; esto es lo más urgente. Y los recobros y las confiscaciones evitarán el tener que recurrir á nuevos impuestos.

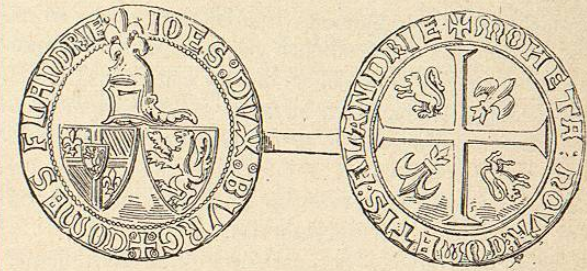
Las memorias fueron aprobadas por los asistentes, y el rey, la reina, el gran consejo, los príncipes y los prelados prometieron poner en ejecución lo que en ellas se pedía. Y en efecto, el 24 de febrero la mayor parte de los oficiales del patrimonio, de los subsidios, de palacio y de la cancillería fueron suspendidos; Pedro des Essarts, el preboste de París, creyó prudente ausentarse, y el viejo canciller Arnaldo de Corbie fué bastante hábil para ponerse al abrigo de toda persecución. Por último, el delfín nombró una comisión general de investigación y de reforma, que entró inmediatamente en funciones.

VI.—Los cabochianos (1)

En tanto que se celebraban tan largas deliberaciones, el pueblo de París se exasperaba. Realizáronse con notoria imprudencia nuevas enajenaciones del real patrimonio, recayendo una de ellas en favor de un príncipe extranjero, Luis de Baviera, hermano de la reina; y el canciller del delfín, un borgoñón, fué sacrificado y substituido por un consejero del Parlamento, muy mal visto por los parisienses. El delfín, que entonces contaba diez y seis años y á quien se censuraba por sus amigos, por su amor á los placeres y por sus fiestas nocturnas, tuvo la mala idea de volver á llamar al preboste Pedro des Essarts, execrado por haber abandonado el partido borgoñón. Des Essarts se instaló en la Bastilla, y la gente creyó que iba á entregarse á labores secretas. En el mismo momento, el duque de Orleans dirigía varias reclamaciones al rey, entablaba negociaciones con varios

príncipes alemanes y comenzaba sus preparativos de guerra. En los alrededores de París había reunidas algunas tropas, y se decía que se había preparado un atentado contra el duque de Borgoña y que el delfín y sus consejeros iban á secuestrar al rey.

El 27 de abril, matarifes y desolladores, entre ellos el desollador Caboche, recorrieron las calles, arrancaron al preboste de los mercaderes la orden de tomar las armas, hicieron entregar el estandarte de la ciudad é invitaron á los cincuentenarios y á los decenarios á que al día siguiente se congregaran armados y al frente de sus hombres en la plaza de la Greve. El 28 de abril, muy de mañana, á pesar de los esfuerzos del preboste de los mercaderes y de los cincuentenarios, tres mil hombres armados marcharon contra la Bastilla seguidos



Moneda de Juan Sin Miedo, acuñada en Gante

de una compacta muchedumbre. Pedro des Essarts prometió evacuar la plaza si le dejaban el paso franco; pero los amotinados querían asegurarse de su persona, y cuando acudió el duque de Borgoña no pudo hacer soltar la presa á la multitud.

En el entretanto, una parte de ésta se separó encaminándose hacia el palacio de Guena, en la calle de San Antonio, en donde habitaba el delfín, capitaneada por algunos caballeros y por Guillermo Baraut, Eustaquio de Laitre, Pedro Cauchón, el médico y regidor Juan de Troyes, los Legois, los Saint-Yon y Caboche, es decir, por todos los notables del partido borgoñón. Después de haber clavado el estandarte de la ciudad delante de la puerta del palacio, la multitud penetró en el patio, y el delfín, más muerto que vivo, hubo de asomarse á una ventana. Juan de Troyes exigió que les fueran entregados «algunos traidores» que estaban en palacio, á lo que el delfín contestó que entre sus servidores no había ningún traidor; y habiendo añadido su canciller: «Decid si conocéis algunos que hayan faltado á su deber de fidelidad y serán castigados como merecen,» Juan de Troyes presentó una lista de cincuenta nombres que el canciller, cuyo nombre figuraba en ella en primer lugar, hubo de leer varias veces. El delfín se retiró á la cámara del rey y entonces la multitud hizo saltar las puertas é invadió el palacio, apoderándose de quince personas, entre ellas el duque de Bar y el canciller del delfín. Juan Sin Miedo, á quien éste imputó violentamente la culpa de lo ocurrido, hubo de responder de la vida de los prisioneros, á quienes hizo conducir á su palacio de Artois. La multitud, al retirarse, asesinó á un secretario del rey, á un músico del duque de Orleans y á un cañonero del duque de Berri. En la Bastilla, Pedro des Essarts capituló al día siguiente, por consejo del duque de Borgoña, el cual le dijo: «Amigo mío, no pases cuidado alguno, porque te juro y te aseguro por

(1) FUENTES.—*Correspondence entre le corps municipal de la ville de Paris et celui de la ville de Noyon en 1413*, publicada por Bourquelot, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» VII, 1845. Coville, *Ordonnance cabochienne*, 1890.

OBRA DE CONSULTA.—*Les Cabochiens et l'Ordonnance de 1413*, 1888. Battifol, *Jean Jouvenel*, 1890.